MAS SOBRE LA REUNIFICACION DE ALEMANIA

LAS LECCIONES DE MR. KENNAN, EX EMBAJADOR DE ESTADOS UNIDOS EN MOSCU

George F. Kennan es, sin duda, uno de los pensadores político-diplomáticos más salientes de nuestra época. Recién terminada la guerra, y considerado como uno de los especialistas en temas rusos, fué designado jefe de la sección de Planificación del Departamento de Estado de los Estados Unidos y, como tal, fué uno de los coautores de la llamada «política de contención» frente a los Soviets. Más tarde, fué designado Embajador en Moscú, puesto que conservó hasta que en 1953 el Gobierno de la U. R. S. S. exigió su cese en el cargo. Desde entonces, es Profesor de Historia en el Institute for Advanced Studies in Princeton.

Se ha dicho de él que nunca fué «un hombre cómodo para nadie y menos que para nadie para sus connacionales». Esa incomodidad se atribuía en buena porción a su profundo conocimiento de los temas que abordaba, conocimiento que—según informes de fuente alemana—impedía encontrar con facilidad otros especialistas que—en el tema concreto de Rusia—pudieron medirse con él y oponerle objeciones de alguna entidad.

No cabe la menor duda de que, en efecto, Kennan posee un conocimiento profundo de los problemas de la U. R. S. S., tanto interiores cuanto internacionales. Por eso, sus declaraciones públicas sobre tan apasionante tema no podían dejar de tener una resonancia mundial y sus lecturas ante la Televisión británica han tenido un eco derivado del conocimiento demostrado por el conferenciante, así como de la fascinación que ejerce toda exposición claramente estructurada y desarrollada.

En sus seis lecciones el Profesor y diplomático Kennan ha enfocado el problema general de las relaciones entre Occidente y Oriente como hasta ahora nadie se había atrevido a hacerlo. Creo que sus palabras son dignas

de conocimiento y meditación, aunque pueda no estarse de acuerdo con las conclusiones del lógico razonar de Mr. Kennan.

* * *

En su primera charla abordó el problema de la situación interior de Rusia. Su afirmación central es que mucha agua ha corrido bajo los puentes del Moscowa desde que hace diez años el mundo Occidental estimaba que Rusia, como consecuencia de la guerra, se encontraba en un estado de postración económica y social de la que sólo podría salir, si lograba salir, al cabo de muchísimos años. Pero, añade, «debo confesar que el progreso económico ruso, a pesar de todos los obstáculos, ha sido muy superior a todo lo que era dable imaginar». De un pueblo en ruinas, Rusia ha pasado a ser una potencia industrial que sólo cede el paso—y no en todos los aspectos de la producción—a los Estados Unidos. Ello ha provocado la aparición para la juventud de otros campos de actividad fuera de los exclusivamente políticos, pues el ejército, la industria, la ciencia ofrecen hoy en Rusia, en muchos aspectos, más atractivos que la jerarquía del Partido Comunista. En este sentido, la opinión de Kennan es que los jefes políticos moscovitas tendrán que buscar su sostén en estas esferas de la actividad nacional para apoyar sus planes puramente políticos. Con otras palabras: Mr. Kennan cree en un posible deslizamiento del poder político a otras manos que las de los puramente funcionarios del Partido, y sostiene que Kruschev ha tenido que apoyarse en tales elementos para hacer precisamente frente al aparato político heredado de Stalin, ya que «en Rusia hay actualmente muchos más talentos fuera que dentro del Partido».

Claro está que tal género de concesiones no pueden hacerse sin despertar los recelos de la burocracia comunista, de modo que si Kruschev ha conseguido trepar apoyándose en unos para triunfar en los otros, luego ha tenido que contentar a éstos sacrificando a aquéllos. El caso de Zukov sería el más característico al respecto y la conclusión lógica es la de llegar a admitir que Kruschev, con su política de balanza, no ha conseguido otra cosa que el Poder, pero a costa de quedarse en él desamparado, dice Mr. Kennan, desprovisto de apoyos, ya que ahora ni la «intelligentsia» ni los políticos se fían de él.

De todos modos, el conferenciante señala que el problema actual consiste en hacer frente a la siguiente incógnita: ¿Cuál va a ser el futuro del Partido? En otras palabras: se va a mantener aferrado a los viejos

dogmas stalinistas o va a sacrificarlos en arras de las exigencias de los nuevos tiempos y bajo la presión de los nuevos grupos sociales formados fuera del propio partido.

A esta pregunta tendrán que responder los gobernantes de Moscú que, con sus magníficos programas de educación técnica y científica, han creado unos grupos intelectuales y sociales que ahora, dice Mr. Kennan, desean a toda costa liberarse de tutelas ideológicas y aspiran a una completa libertad, al menos en la esfera cultural. De la intensidad de estos deseos han dado sobradas muestras al mundo las reacciones de los intelectuales rusos cuando, al caer Stalin, les fueron concedidas ciertas libertades que sirvieron para poner de manifiesto que la ideología marxista-leninista no ofrece ningún atractivo para las mentes de los intelectuales rusos. El régimen, asustado al comprobar tal estado de opinión, ha dado marcha atrás, pero su posición, dice Mr. Kennan, es de lo más precaria.

En definitiva: o el Partido está dispuesto a prescindir de los intelectuales que precisa su plan de tranformación de la economía rusa, o les concede una libertad básica, que irá seguida de demandas cada vez mayores de los beneficiarios. Y la libertad completa, dicen los propios comunistas, es incompatible con el orden comunista.

La conclusión de este razonar de Mr. Kennan es que Rusia ofrece hoy una serie de chocantes contrastes: de un lado, un evidente e inconcebible progreso económico; de otro, una profunda crisis político-social. A la larga, tales contrastes acabarán por romper el equilibrio inestable en que hoy vive la U. R. S. S.

Pasando a un examen de lo que Rusia piensa de Occidente, Mr. Kennan mantiene que la U. R. S. S. está perfectamente informada de los *acontecimientos* que suceden fuera de sus límites territoriales, pero que carece totalmente de medios de interpretación, no por incomprensión o error en los datos, sino por su deformación mental que les impulsa a juzgar con lógica marxista-leninista cosas y situaciones que escapan totalmente a tal sistema lógico. Por esta razón, Mr. Kennan piensa que es inútil tratar de convencer a los rusos para que comprendan a Occidente, pues, aun en el caso improbable de que en un momento determinado aceptaran todas las explicaciones habidas y por haber, «no pasarían veinticuatro horas sin que se vieran envueltos en nuevos errores de interpretación derivados de la congénita incapacidad de nuestros amigos soviéticos para verse, vernos y justispreciar nuestras mutuas relaciones con la más mínima cantidad de realismo».

El Profesor de Princeton añade que, teniendo en cuenta esta deformación mental comunista, los soviets no entenderán nunca más que cosas concretas, actitudes que Occidente esté dispuesto a asumir *aquí y ahora*. O lo que es lo mismo: la inteligencia entre Occidente y Oriente sólo puede llegar por los pasos contados de resolver casos concretos, problemas de detalle, incidentes de *aquí y ahora*, pero nunca por resoluciones de carácter general. La paz general sólo será lograble en la medida en que se resuelvan los problemas individuales.

A este respecto, Mr. Kennan señala que los políticos comunistas son los más sensibles a las situaciones de hecho y que por ello solamente se sienten afectados por situaciones *reales*, no por situaciones derivadas de votaciones o acuerdos parlamentarios. Por eso, Rusia no se siente afectada al perder una votación internacional o sufrir una moción de censura: por eso, la conducta soviética no sufrirá modificaciones por el empuje de decisiones internacionales mayoritarias.

Por todo ello, Mr. Kennan insiste en que la única manera de ejercer influencia sobre los soviets es mediante la discusión de casos concretos de situaciones reales. Hay que abandonar la pretensión de convencerles de generalidades para llegar a que crean los hechos concretos que Occidente les plantee. No caben las soluciones mediante acuerdos entre Jefes de Gobierno, las Naciones Unidas o algo semejante, sin tratar de ventilar por vía diplomática los problemas concretos de cada día.

Al tratar de definir cuáles son los problemas concretos con que el mundo se enfrenta, Mr. Kennan llega a la médula de sus conferencias el problema del futuro de Europa Central y Oriental.

Las relaciones entre Occidente y la U. R. S. S. abarcan dos tipos de problemas: los que Mr. Kennan llama «básicos» y los que designa con el adjetivo «secundarios».

Entre las primeras, figura con carácter de máxima gravedad, el problema derivado de la manera cómo se llegó al final de la guerra, es decir, del hecho de que, cuando los ejércitos victoriosos de Oriente y Occidente se encontraron en el centro del territorio de Europa, los Gobiernos triunfantes no habían llegado a ningún acuerdo sobre el futuro estatuto del derrotado, cuyo Gobierno, por otra parte, desapareció entre los pliegues de la rendición incondicional. Y como no ha sido posible llegar de entonces a acá a un acuerdo sobre el futuro de Europa, resulta que la situación provisional de 1945 tiene ya trece años de edad y no se ve modo de ponerle un fin. En los llamados países satélites la libertad que alcanzaron a la

muerte de Stalin les permitió lograr un cierto estatuto («que no es ni carne ni pescado») liberal, como en el caso de Polonia o, víctimas de una represión despiadada, como Hungría, volvieron a la pura tradición stalinista. La situación actual, dice Mr. Kennan, es tal que, o bien dichos países satélites se ajustan a la realidad de la dominación soviética, o cualquier día nos encontraremos con nuevos acontecimientos del orden de los de Hungría, acontecimientos que colocan al mundo libre en tal postura que «cualquiera que se preocupe lo más mínimo por la estabilidad del mundo debe rogar sinceramente» por que tal revuelta no vuelva a producirse. Pero, añade, sería, por otra parte, lamentable que los oprimidos pueblos europeos acabasen por adaptarse a la dominación rusa y abandonando su propia personalidad terminasen por dejarse arrastrar dentro de la órbita comunista: si ello sucediera, tales pueblos se perderán para siempre para Occidente.

Para evitar la revolución de los pueblos satélites o su definitiva integración en el mundo comunista. no hay otro camino, dice Mr. Kennan: la retirada de las fuerzas soviéticas de tales países. Sólo cuando los soldados se hayan retirado podrán evolucionar dichos pueblos hacia instituciones más adecuadas a sus particulares características.

Pero aquí es donde entra el gran problema del mundo, a saber: el problema de Alemania. Y esto, no sólo porque implica la retirada de las fuerzas soviéticas de Alemania Oriental, sino porque, mientras americanos, franceses e ingleses permanezcan en Alemania Occidental, los rusos no podrán abordar la evacuación de sus fuerzas de ocupación en Europa Oriental, sino en función de la ecuación militar general entre Rusia y Occidente, dice Mr. Kennan. Cualquier solución del problema de los satélites depende, pues, en última instancia del propio problema alemán. «Esta es la razón por la que creo que la cuestión alemana sigue siendo el centro de la tensión mundial, y que no se puede buscar mejor solución a la tensión mundial que resolviendo el pleito alemán.»

Como ya conocen los lectores de esta Revista, las potencias occidentales estiman que el enconado asunto alemán solamente puede resolverse por una consulta, en elecciones libres, del propio pueblo de Alemania. También saben que la opinión occidental sostiene que el futuro Gobierno de una Alemania unificada debe quedar en libertad de determinar cuál ha de ser su futura orientación político-internacional, esperándose, naturalmente, que tal Gobierno se inclinará hacia Occidente. Siendo así, dice Mr. Kennan, si la futura Alemania decide adherirse a la Nato, las fuerzas franco-anglo-norteamericanas habrán de evacuar el territorio germano, ya que Rusia no es

miembro de la Nato. En consecuencia, añade el Profesor de Princeton, lo que estamos pidiendo es que Rusia abandone voluntariamente la posición de privilegio que ocupa en Europa Central como resultado de sus victorias militares en los años 1943, 1944 y 1945. Aún más: pedimos que retire sus fuerzas sin ninguna medida de compensación por parte de las potencias occidentales.

Naturalmente, añade, pretender esto del Gobierno de Moscú es absurdo, porque no estará nunca dispuesto a tal concesión por razones elementales de seguridad y prestigio, aparte de que tal retirada no dejaría de tener hondas repercusiones en su propio sistema político, ya que, tanto dentro de Rusia como en los países satélites, la retirada soviética sería automáticamente interpretada como una derrota. Creer que Rusia estará, pues, dispuesta a retirar sus fuerzas sin recibir a cambio más que la promesa occidental de que tal retirada no será militarmente explotada en contra de los intereses soviéticos, es, dice Mr. Kennan, la mayor falta de realismo que cometer se pueda y sabido es que en el terreno político y diplomático hay que ser, ante todo y sobre todo, realista.

«Los soviets ven en las actuales proposiciones occidentales algo que tiene características de rendición incondicional en el problema alemán» y, en consecuencia, mientras se deje al futuro Gobierno alemán (nacido de elecciones libres) en libertad absoluta para determinar cuáles han de ser sus compromisos internacionales, veo muy pocas posibilidades de poner fin a la división de Europa.

El conferenciante sale al paso de la observación de que Rusia no quiere la reunificación de Alemania contestando que no sabe hasta qué punto ese no querer ruso pueda estar condicionado por los términos en que los occidentales plantean el problema. «Mientras no dejemos de empujar al Kremlin contra una puerta cerrada, no sabremos si está dispuesto a pasar por una puerta abierta», aclara. Además, dice, el hecho de que hoy pueda Rusia no estar interesada en acceder a la reunificación no quiere decir que no pueda cambiar de postura en un futuro desconocido, máxime teniendo en cuenta que también los Estados satélites tienen interés en que se llegue a la total evacuación de Alemania como condición previa para verse ellos mismos evacuados de tropas soviéticas, tal como Gomulka ha prometido en Polonia.

En estas condiciones, Mr. Kennan se pregunta cómo podría ser mejorada la postura adoptada por las potencias occidentales y llega a las siguientes conclusiones:

1.° No es realista la oferta de libertad incondicionada a un futuro Gobierno alemán para determinar sus compromisos internacionales. Por otra parte, no se ha llegado aún a un tratado de paz y, en tal sentido, los poderes de los vencedores, por el hecho de la victoria, no han caducado. Por todo ello, las potencias deberían ponerse de acuerdo para predeterminar en cierto sentido la futura conducta política internacional de Alemania reunificada. Desposeyendo a los alemanes de ciertas libertades podrían llegar a gozar de una libertad de la que ahora carecen por entero en una gran parte del territorio nacional. Si los occidentales quieren resolver el problema de Europa, tendrán que pagar un precio y ese precio podría ser la determinación por los vencedores de la futura conducta de Alemania. Después de todo, «es un problema que ellos, y no los alemanes, crearon: ¿van a descargar enteramente en manos de los alemanes la responsabilidad de resolver el problema?», se pregunta Mr. Kennan.

2.° Se cree generalmente que si se llega a una evacuación total de Alemania los occidentales quedarían, militarmente hablando, en una posición altamente desventajosa, «pero creo, dice Mr. Kennan, que se exagera la posibilidad de un ataque soviético para invadir Europa Occidental y que se atribuye a los ejércitos satélites más valor del que realmente tienen como instrumentos de una política ofensiva soviética». Y añade: «creo más deseable, en principio, tratar de sacar las fuerzas soviéticas de Europa Central y Oriental que cultivar un nuevo ejército alemán para oponerlo al ruso». En otras palabras: la solución del problema no es de carácter militar y sólo puede llegarse a ella a través de un entendimiento directo entre Occidente y Moscú. Pretender que Bonn y Pankow se las entiendan (como pretende Kruschev) es no ver el asunto a la luz de la realidad; pero pretender que no ha existido nunca un régimen comunista en Alemania Oriental (cuando lleva trece años de existencia) sería también cerrar los ojos a la realidad más evidente.

Esta es la postura de Mr. Kennan respecto al gran problema del mundo. Pero antes de terminar hace una referencia a las armas modernas para subrayar que si los ejércitos occidentales, y por supuesto, el alemán, incluyen en su arsenal las armas atómicas, él cree que pretender entonces que Rusia evacúe sus fuerzas del Centro de Europa será empresa totalmente inútil. Y en el orden lógico de su discurrir, Mr. Kennan pide que no se incorporen las armas tácticas atómicas a la defensa de Europa. «La negativa soviética a evacuar Alemania Oriental se basa, en parte, en razones políticas que no se verán afectadas por una Nato más fuerte»; reforzar la Nato,

concluye, «aumentaría la inclinación del Gobierno soviético a rechazar las proposiciones occidentales».

Aún añade una advertencia Mr. Kennan: «La guerra no debe ser considerada como inevitable... hay que correr con determinados riesgos para evitar otros riesgos mayores y... la Nato no debe ser indefinidamente reforzada hasta el punto de que reduzca las posibilidades de una eventual disminución, por negociaciones pacíficas, del peligro de una guerra total».

* * *

Las charlas del diplomático-profesor han tenido un enorme eco. El «Times» de Londres pedía seguidamente que se abandonaran los proyectos de armar a Alemania Occidental con proyectiles dirigidos, con la esperanza de que, tal vez, así se logrará poner la primera piedra del edificio de un entendimiento con la U. R. S. S.

En Alemania Occidental, el «Frankfurter Rundschau» subrayaba que Mr. Kennan ve las cosas como son y no como debieran ser, para añadir que quizá ha llegado el momento de que «los políticos de Alemania Occidental deben reconocer que Occidente no puede permitirse el lujo de no intentar llevar a cabo una prueba más». Y «Die Welt», uno de los diarios de mayor difusión, ponía en parangón, por su similitud, las teorías del diplomático norteamericano con las ya expuestas previamente por el fallecido Embajador de la República Federal en Belgrado, Sr. Pfleiderer, para llegar a la conclusión de que, si hoy tales teorías son prematuras, un momento llegará en que habrán de ser consideradas seriamente a la luz de la realidad y de sus exigencias, destacando el hecho de que si hoy el Secretario de Estado norteamericano se llama Dulles, nadie dice que en un futuro no muy lejano no hubiera de llamarse Kennan.

Los círculos oficiales alemanes rechazaron, naturalmente, las teorías de Mr. Kennan y la «Diplomastische Korrespondenz» señalaba el peligro de creación de un «vacío» en el centro de Europa, representado por la exigencia de evacuación militar de dicha zona. Los planes de evacuación fueron calificados de «irreales» y de «complicado sistema de suicidio de los pueblos de Europa que aún viven en libertad». El articulista dirige una serie de preguntas a Mr. Kennan para tratar de aclarar el *modus operandi* de los proyectos del diplomático, exponiendo los peligros que se derivan de una retirada de las fuerzas occidentales de Europa, lo que se traduciría inmediatamente, en su opinión, en una pérdida de importantes posiciones para

Occidente. «Mr. Kennan establece que la retirada militar es la condición previa de una solución del problema de Europa, cuando en realidad tal retirada debe condicionarse a una previa solución del problema de Europa en sus dos aspectos políticos y estratégicos». Además, ¿no reaccionarían los rusos como en Hungría ante los cambios políticos que su retirada produciría, posiblemente, en los países satélites? ¿Es de presumir que Moscú se cruzaría de brazos ante el derrocamiento de sus gobiernos títeres?

La última palabra de la opinión oficial alemana la resume la «Korrespondenz» en una vieja oferta del Gobierno Federal: los planes occidentales para la resolución del problema de Europa no han representado nunca una palabra final, un argumento que no pueda impugnarse o modificarse. El camino para el entendimiento no está cerrado.

EMILIO BELADIEZ.